

Mensaje cinco

Continuar viviendo en la historia divina dentro de la historia humana para la propagación y edificación de la iglesia como la manifestación corporativa de Cristo

Lectura bíblica: Hch. 1:8, 13-14; 2:16-18, 21; 5:20, 41-42; 6:4;
13:32-34; 16:6-7; 17:16; 19:21; 28:31

Hch. 1:8 Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y seréis Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.

vs. 13-14 Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Juan y Jacobo y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo *hijo* de Alfeo, Simón el Zelote y Judas *hermano de* Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con Sus hermanos.

2:16-18 Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: “Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre Mis esclavos y sobre Mis esclavas en aquellos días derramaré de Mi Espíritu, y profetizarán”.

v. 21 Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.

5:20 Id, y puestos en pie en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida.

vs. 41-42 Y ellos salieron de la presencia del sanedrín, regocijándose porque habían sido tenidos por dignos de ser ultrajados por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y de casa en casa, no cesaban de enseñar y anunciar el evangelio de Jesús, el Cristo.

6:4 Y nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la palabra.

13:32-34 Y nosotros también os anunciamos el evangelio de la promesa hecha a los patriarcas, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: “Mi Hijo eres Tú, Yo te he engendrado hoy”. Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: “Os daré las cosas santas y fieles de David”.

16:6-7 Y atravesaron la región de Frigia y de Galacia, habiéndoles prohibido el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió.

17:16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu fue provocado viendo la ciudad llena de ídolos.

19:21 Pasadas estas cosas, Pablo se propuso en espíritu ir a Jerusalén, después de recorrer Macedonia y Acaya, diciendo: Después que haya estado allí, me será necesario ver también a Roma.

28:31 Proclamando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, con toda confianza y sin impedimento.

I. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que viven como Dios en funciones en la historia divina dentro de la historia humana; ellos han llegado a ser Dios en vida, en naturaleza, en expresión y en función (mas no en la Deidad) para la propagación y edificación de la iglesia como la manifestación corporativa de Cristo—1:8, 14; 2:14a; 4:10-20, 31-32; 5:20, 38-39; 13:1-4; 26:16-19; 28:31:

A. En la primera ocasión que Pedro proclamó el evangelio en el libro de Hechos, él citó al profeta Joel, el cual nos revela la intrínseca, historia divina que se encuentra en la externa, historia humana—Hch. 2:17-21; Jl. 1:1-4; 2:28-32.

B. La historia divina que se encuentra dentro de la historia humana es las “salidas [de Cristo] [...] desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2) en las cuales Él pasa por el puente del tiempo hasta llegar a la eternidad futura (Sal. 90:2), a fin de impartirse en Sus escogidos como el Deseado de todas las naciones (Hag. 2:7), con miras a Su manifestación corporativa y Su plena glorificación.

C. Joel habla acerca del derramamiento del Espíritu procesado, consumado y compuesto, quien fue derramado el Día de Pentecostés; este Espíritu es el Dios Triuno consumado y la realidad de Cristo, a fin de que Cristo sea manifestado—2:28-29; Hch. 2:1-4, 16-21; 1 Ti. 3:15-16.

II. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que vive en la historia divina invocando el nombre del Señor, sufriendo por el nombre del Señor y hablando en el nombre del Señor, el nombre de Jesús:

A. La profecía de Joel y su cumplimiento tocante al jubileo neotestamentario de Dios tiene dos aspectos: por el lado de Dios, Él derramó Su Espíritu en la ascensión del Cristo resucitado; por el lado nuestro, nosotros invocamos el nombre del Señor ascendido, quien efectuó todo, alcanzó todo y obtuvo todo—Hch. 2:16-18, 21; Jl. 2:28-29, 32a:

1. Nuestra historia divina que se encuentra en medio de la historia humana es una historia de invocar el nombre del Señor, a fin de disfrutar las riquezas de Cristo para edificar el Cuerpo de Cristo como la plenitud de Cristo—Ro. 10:12-13; Ef. 3:8, 19; 1:22-23.
2. Al invocar el nombre del Señor, nos mantenemos en la historia divina de oro de Dios: ésta es una historia que empieza con Enós (Gn. 4:26), continúa a lo largo del Antiguo y Nuevo Testamentos (Job 12:4; Gn. 12:8; 26:25; Dt. 4:7; Jue. 15:18; 1 S. 12:18; Sal. 116:4, 13, 17; 80:18; 88:9; 1 R. 18:24; Is. 12:4; Lm. 3:55, 57; Sal. 99:6; Is. 55:6; Jon. 1:6; 2 R. 5:11; Is. 41:25; Hch. 2:21; 7:59; 9:14, 21; 22:16; Ro. 10:12-13; 1 Co. 1:2; 2 Ti. 2:22), y concluye con la última oración mencionada en la Biblia (Ap. 22:20).

B. A medida que nosotros vivimos en la historia divina, padecemos por el nombre del Señor dentro de la historia humana; es un verdadero honor sufrir deshonra por causa del Nombre, el propio nombre de Jesús, quien fue deshonrado por los hombres pero honrado por Dios—Hch. 4:18-20, 29-31; 5:41-42; 9:13-16; 2 Co. 6:4; 11:23; Col. 1:24-25.

C. Nosotros llevamos a cabo la historia divina dentro de la historia humana al hablar “con denuedo en el nombre de Jesús”; este nombre es la expresión de la suma total de lo que el Señor es en Su persona y obra—Hch. 9:27; Fil. 2:9-11; 1 Ts. 2:2; 2 Co. 4:5.

III. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que vive en la historia divina al vivir, moverse y actuar como un solo Cuerpo; ellos lo hacen todo en el Cuerpo, por medio del Cuerpo y para el beneficio del Cuerpo:

A. Después de que el Señor Jesús murió, resucitó y ascendió, Él siguió viviendo, actuando, andando y trabajando en la tierra en miles de personas, debido a que Él se impartió a Sí mismo en ellas por medio de Su muerte y resurrección—Jn. 12:24.

B. Los cuatro Evangelios nos proveen un cuadro de la Cabeza, mientras que el libro de Hechos nos muestra el Cuerpo; el libro de Hechos es en realidad los hechos que Cristo realizó por el Espíritu en la iglesia, la cual es Su Cuerpo, Su reproducción y duplicación—1:14; 2:14a, 42; 9:4-5; 28:13-15.

IV. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que viven en la historia divina rechazándose a sí mismos y viviendo en virtud de otra vida: Cristo como la vida divina; este vivir corporativo en el cual ellas viven a Cristo es la realidad del Cuerpo de Cristo:

A. La vida a la cual se refiere la frase “esta vida”, mencionada en Hechos 5:20, es la vida divina que Pedro predicó, ministró y vivió, la cual venció la persecución, las amenazas y el encarcelamiento por parte de los líderes judíos; la vida y la

obra de Pedro hicieron la vida divina tan real y presente en su situación, que hasta el ángel la vio y la señaló.

- B. Pablo vivía a Cristo y servía a Dios por el Espíritu todo-inclusivo de Jesús en su espíritu (el Espíritu divino que se había mezclado con su espíritu humano y había llegado a ser un solo espíritu); él vivía en el interior del velo (en su espíritu, que es el Lugar Santísimo en la práctica) y fuera del campamento (la organización humana de la religión)—16:6-7; 17:16; 19:21; Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17; Ro. 1:9; Fil. 3:3; He. 6:19-20; 13:13.
- C. A fin de vivir en la historia divina dentro de la historia humana y por la vida divina en nuestra vida humana, debemos ser vasos que están abiertos al Señor, que le aman, le reciben, son llenos de Él y permiten que Él sea nuestro todo para nosotros y lo haga todo en nosotros, por medio de nosotros y para nosotros—Hch. 9:15; 2 Co. 4:7; Ro. 9:21, 23; cfr. 2 R. 4:1-6.

V. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que vive en la historia divina al perseverar en la oración y en el ministerio de la palabra; esto es vivir en el ministerio apostólico que coordina con Cristo, quien es nuestro gran Sumo Sacerdote en Su ministerio celestial—6:4; He. 7:25; 8:1-2:

- A. Por medio de la oración, fijamos la mente en las cosas de arriba y llegamos a ser un reflejo del ministerio de Cristo en los cielos; nosotros dependemos de la oración para hacer lo que el hombre no puede hacer, para entender lo que el hombre no puede entender y para hablar lo que el hombre no puede hablar—Hch. 9:11; 13:1-4; Col. 3:1-3; 4:2; Ef. 6:18; Dn. 6:10; 9:2-3; 1 Co. 2:13; 2 Co. 3:6.
- B. Por medio del ministerio de la palabra, nosotros impartimos a Cristo en otros como la vida y el poder celestiales, a fin de que ellos sean sustentados con las riquezas de Cristo para vivir a Cristo como su vida celestial en la tierra—Ro. 15:16; cfr. Is. 50:4-5.

VI. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que vive en la historia divina revelada en Salmos 68, en la cual nos muestra que Cristo es el centro del mover de Dios sobre la tierra y es la realidad de las actividades que Dios realiza por medio de la iglesia—vs. 1, 24:

- A. Cada día debemos disfrutar al Dios Triuno procesado y consumado como el Espíritu que imparte vida y como el Espíritu derramado—vs. 11-13; Hch. 2:46-47; 5:42; 16:5; 20:31; 28:30-31.
- B. Debemos morar en Cristo como el “puerto” de los evangelistas para el transporte y la propagación en la predicación del evangelio; en el Día de Pentecostés al menos ciento veinte “naves” del evangelio, las cuales eran todas galileas, partieron del “puerto” para propagar el evangelio—Sal. 68:27; Gn. 49:13; Hch. 2:7; 13:31.

VII. El libro de Hechos revela a un grupo de personas que vive en la historia divina al continuar disfrutando, viviendo y proclamando al Cristo resucitado como el Hijo primogénito de Dios y como las cosas santas y fieles de David, las cuales son todos los aspectos de lo que Cristo es como misericordias para nosotros—vs. 32-34:

- A. Cristo como la simiente de David fue engendrado por medio de Su resurrección y llegó a ser el Hijo primogénito de Dios y el Espíritu vivificante como las firmes misericordias que Dios mostró a David—vs. 33-35; Is. 55:3-4.
- B. En Hechos 13:34 Pablo interpreta las misericordias firmes de Dios, mencionadas en Isaías 55:3, como “las cosas santas y fieles de David”, y en Hechos 15:33 y 35 él da a entender que estas cosas son el propio Cristo resucitado como el Hijo primogénito de Dios y el Santo.
- C. Esto también lo confirma Isaías 55:4, el cual revela que las firmes misericordias son Cristo mismo como el Testigo, Guía y Jefe de las naciones.

- D. El Cristo resucitado como el Hijo primogénito de Dios y el Espíritu vivificante es un gran don que Dios ha dado a Su pueblo escogido, y este don es llamado “las cosas santas y fieles de David”—Hch. 13:33-34.
- E. El Cristo resucitado es las misericordias y bendiciones, las cosas santas y fieles, que Dios nos da como un gran don; este don es el propio Cristo resucitado como la realidad del pacto eterno junto con Sus riquezas inescrutables, las cuales llegan a ser nuestra gracia todo-inclusiva—Is. 42:6b; 55:3; 1 Co. 1:9; Hch. 13:43.

VIII. Si deseamos participar en la continuación del libro de Hechos, debemos seguir viviendo en la historia divina al tener una consagración propia del aposento alto—1:13-14:

- A. A la orilla del mar Pedro dejó su trabajo para seguir al Señor Jesús, pero en el aposento alto él dejó mucho más—Mt. 4:18-20; Hch. 1:13-14:
 - 1. Él se mantuvo firme con la visión celestial, abandonando la religión de sus padres.
 - 2. Él abandonó su país, la relación que tenía con sus vecinos y amigos y sus parientes, y estuvo dispuesto a arriesgar su vida.
- B. La consagración que necesitamos hoy es la consagración propia del aposento alto, una consagración en la cual pagamos el precio de tener todo nuestro ser “casado” con la visión celestial—26:19; 1:8; 20:24.
- C. Si pagamos el precio que nos exige la visión celestial, “quemaremos todos los puentes detrás de nosotros” y no tendremos forma alguna de regresar.
- D. Lo que determina si hemos visto o no la visión celestial es si estamos dispuestos a pagar el precio para comprar el colirio, esto es, el Espíritu que unge—Ap. 3:18.
- E. Seguir el camino del recobro del Señor no es algo barato; este camino es costoso y exige de nosotros una costosa consagración.
- F. No estamos aquí por un movimiento, sino por causa del recobro del Señor; y el recobro se puede llevar a cabo únicamente por la consagración específica y extraordinaria del aposento alto.
- G. Los ciento veinte que estaban en el aposento alto llegaron a ser un holocausto; ellos ardían por el Señor en el espíritu y quemaban a otros con el fuego divino de la vida divina—Lc. 12:49-50; Hch. 2:3-4; Ro. 12:11.
- H. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, las multitudes le siguieron, pero éstas no le proveyeron a Él nada para Su mover; Su mover se llevaba a cabo con aquellos que estaban en el aposento alto, con aquellos cuyos ojos habían sido abiertos y cuyos corazones habían sido conmovidos—Hch. 17:6b.
- I. Sólo un número reducido de personas serán los que trastornan al mundo y cambian de era; si queremos estar en el aposento alto, debemos orar de manera específica, diciendo: “Señor, estoy dispuesto a estar en el aposento alto por el recobro de Tu testimonio”.